

Milagro en la Alameda

El segundo programa del Ballet Nacional Chileno trae dos novedades para nuestro público y una feliz reposición; la mayor curiosidad radica en el ballet infantil que su director, Ernst Uthoff, ha presentado como una creación tan chilena como universal.

"Milagro en la Alameda" (con música de Héctor Carvajal y Joseph Bayer) es un modelo de ballet para niños, demostrativo de una visión noble del tema y de una realización brillante. No estamos en presencia de una obra magna como es el *Carmina Burana*, pero es difícil alcanzar en un ballet destinado a los pequeños, la unidad y riqueza sensible de una obra como la citada.

Uthoff parte del cuento más transitado por el romanticismo dulzón: la pareja de niños pobres que deambulan entre los mayores indiferentes, y miran codiciosos los juguetes de una lujosa juguetería. Se duermen en la calle y, como es previsible, en su sueño hay un hada que los lleva al mundo animado de los juguetes donde juegan hasta caer, fatigados, en una cama que cuidan los espíritus protectores y donde se les ponen dos regalos: una muñeca y un poncho. Cuando aún están dormidos, en la calle, una pareja de "huasos" que vuelven de parranda les dejan como regalo la muñeca y el poncho que los niños encuentran al despertar. Se produjo el milagro.

El primer acierto de Uthoff es darle un acento chileno y realista, con una ambientación de principio de siglo, en que aparece la calle recorrida por los personajes habituales: la vendedora de ponchos, los huasos, las colegialas con su institutriz, los guardianes, barquilleros, serenos y hasta las beatas que muy de madrugada van a la iglesia. Todos ellos engranados en un brioso y complejo juego de movimientos que evoca los aciertos de Kurt Jooss para su ballet sobre la "Gran ciudad": del mismo modo Uthoff juega los contrastes, sin vacilar: da a cada personaje una línea de desplazamiento personal típica y los inserta luego en un esquema general, armonioso, y sólo en apariencia confuso.

Su otro gran acierto es la selección de los muñecos animados, donde evita el convencionalismo y dota a todos los personajes de un lado satírico, humorístico e ingenioso que tiene momentos admirables. Sus muñecos son la ceremoniosa pareja de los barómetros; la pareja de la pastora y el desollador; dos peleles de una gracia absurda y poética; una laucha que parece una "ballaora" andaluza; dos "guaguas" de irresistible comicidad; un verdadero trompo animado que también evoca un obsesionante marciano. Todos ellos dirigidos por un maestro de ceremonias que actúa como un potrillo y por un hada madrina, la única a la que se ha respetado dentro de los cánones del género. Ellos y otros más harán sus números y festejarán la cueca que bailan deliciosamente los niños con acompañamiento de un arpa y una guitarra humanizadas.

Uthoff no sólo es un coreógrafo sagaz que acumula una serie de números de gracia elegante, sino que además es un hombre con sentido del oficio teatral, y que no vacila en el aprovechamiento de la pantomima para que el espectáculo adquiera una efectividad tan costumbrista como fantástica. Cuenta con un excelente diseñador de vestuarios, Hedi Krassa, y con la colaboración de un conjunto de bailarines experimentados. Todos tienen un rendimiento solvente, en un trabajo limpio y camerado. María Elena Aranguiz demuestra una levedad e intensidad que ya se había hecho aplaudir en *Carmina Burana*, y también Heins Poll que es seguro en su impetuoso maestro de ceremonias. Virginia Roncal es una bailarina diestra que actúa aquí sobre una base de ballet clásico. Todavía debe citarse a Malucha Solari en una composición humorística, a Oscar Escaurlaza y Hans Züllig en los papeles y a Armando Contador en una ajustada intervención gimnástica.

El programa se completaba con "Fantasía", composición lírica para dos solistas y grupo, sobre música de Schubert y coreografía de Hans Züllig. Se trata de un ballet abstracto sobre un juego de variaciones hechas con limpieza y sin ninguna notoria invención. Virginia Roncal y Hans Züllig lo interpretaron con la fría elegancia que reclamaba. Por último se volvió a ver el "Ballet en la antigua Viena" sobre coreografía de Kurt Jooss para una música de Joseph Lanner, que a pesar de los años transcurridos y de pertenecer a una estética que muchos han dotaminado como muerta, conserva puro su encanto burlón. Aquí Jooss se divierte con una evocación vienesa en que se rompe la convención romántica y se la sustituye con una discreta sátira del mundo del vals. El Ballet Chileno lo bailó con una frescura e intensidad que sólo puede conseguirse con un conjunto joven y entusiasta, que además demuestra un rendimiento parejo. María Elena Aranguiz, Malucha Solari, Hans Züllig y Heins Poll llevaron junto con José Uribe la responsabilidad de las principales figuras.